

Sobre el estilo de Juan Ramón Jiménez

El "Maestro" Raimundo Lida, del círculo de intelectuales del entorno del "Fondo de Cultura Económica" de México, formado en las exigencias de la filología y la estética, es autor de este importante ensayo sobre el estilo del celebrado poeta español Juan Ramón Jiménez, que "El Duende" ha puesto al alcance de sus lectores, en cuatro entregas.

(CUARTA Y ÚLTIMA PARTE)

Como vemos, peripecias siempre contenidas dentro del recinto del yo. También ese hastío de su propio nombre, reducido a iniciales, y las tentativas de persistente anonimato (gracioso y triste, y tan de nuestra América, el fracaso de su invitación a un grupo de jóvenes para publicar una revista poética sin firmas) son una huida del mundo. Huída de... pero, a la vez, huída hacia... Porque soledad y fuga no se resuelven aquí en vacía negación, sino que encierran un núcleo bien afirmativo y constructivo. Así también el "détachement" de Valéry, tan próximo al de Juan Ramón en muchos aspectos, su "perpétuelle exhaustion", su "refus indéfini d'être quoi que ce soit" sólo aclaran a la luz de esta otra fórmula dual: "Solitude, netteté désespérée." Desesperado afán de limpieza, de rigor, de sinceridad bien entendida. Desesperada devoción a lo íntimo, anhelo de crecer en hondura y en eternidad. "¡Perdurar! Todo es vanidad para estos solitarios, menos el temor al Tiempo! Animadas de tantas fuerzas, ¿en qué han de parecerse estas soledades a un indiferente spleen? "Siempre frenético de emoción", se describe Juan Ramón Jiménez en el *Diario*. No es menester menos para vigilar facilidades y castigarlas; para descubrir la propia y escondida ley, tarea mucho más difícil que la de elaborar precipitadamente una retórica e imponérsela a sí mismo; para registrar con dolorosa hiperestesia las vibraciones mínimas de cada instante:

**¡Qué inmensa desgarradura
la de mi vida en el todo,
para estar, con todo yo,
en cada cosa;**

**para no dejar de estar,
con todo yo, en cada cosa!**

Queden el desdén y el hastío para la superficie del mundo, la de aquellos que marchan al galope, en caravana, sin ojos para ver. Pero el poeta...

**Andando, andando;
dejad atrás los caballos,
que yo quiero llegar tardando
-andando, andando,
dar mi alma a cada grano
de la tierra que voy pisando.**

Frenético de emoción, el poeta hiende la superficie gris, y recorre ahora con avidez de descubridor la tierra nueva, hasta encontrar el punto en que quede presa su mirada:

**Soy como un niño distraído
que arrastran de la mano
por la fiesta del mundo.
Los ojos se me cuelgan, tristes,
de las cosas...**

¡Y qué dolor cuando me tiran de ellos!

Frenético de emoción busca y labra las útiles sustancias con que construirá la Obra, refugio contra tantas huidas. De otro modo, imposible alcanzar ese último dejo de las cosas, que destila

Juan Ramón a través de sucesivos alambiques: "Fuga de fuga de fuga. Recuerdo de recuerdo de recuerdo... ¡Aroma del aroma del aroma!"; imposible llegar al verso "sencillo y espontáneo", como él gusta decir: no aquel que espontáneamente sube a los labios, sino ese otro que ha atravesado las más variadas experiencias, y concentra ahora en figura simple la rica complejidad del camino recorrido.

Sí; tan condensada labor poética requiere un frenesí de emoción; un apasionado culto a la Obra, "¡libre esclavo de su dueño!" Juan Ramón ha dicho: "El volver o no sobre la propia obra es sólo un problema de amor." Por amor y lealtad a la poesía no cesa él de volver sobre sus versos, no para traicionar su sentido inicial, sino para purificarlo de la ganga que lo rodeaba y extraer del poema - ascéticamente rebajado, una y otra vez, a borrador- otro poema más perfecto y oculto. "No modifíco el acento ni el espíritu", declara el poeta, "pero si sobran tres palabras o hago un verso ridículo, ¿por qué dejarlos? Hay que volver sobre las cosas para meter la inteligencia en lo que hizo el instinto. Sobre todo, lo que yo persigo, es la ternura. Evitar el verso empedrado". Tensa poesía desnuda es la que Juan Ramón persigue: de una tersura definitiva en que no pueda morir el Tiempo, el enemigo, y ante la cual el propio poeta sepa detenerse, porque «así es la rosa».

No nos extraña que, para quien está absorbido por el culto de la obra, el mundo se le desvanezca en torno. El mundo retrocede a un borroso segundo plano, queda subordinado a la obra como los medios a los fines. Pues eso justamente es: un repertorio de símbolos con que el artista cuenta para expresarse a sí mismo y eternizarse en su canción. ¡Glorioso destino del mundo, servir a la canción del poeta!

**Del amor y las rosas
no ha de quedar sino los nombres**

¿Qué vale toda la grandeza de un universo incapaz de nombrarse a sí mismo? "La tierra duerme. Yo, despierto, soy su cabeza única," Orgullo de junco pensante. Bien sabe el poeta, que, sin él, todo caería en la nada, arrastrado por el tiempo, y que a su muerte **todo será mudo y amarillo**, porque sólo él es capaz de vencer con el sortilegio de su palabra la muerte de las cosas.

Todo cae, llorando sin sentido. Se muere los momentos, en una esplendorosa fuga.

Y es brevísimo el tránsito entre ese avizorar el instante fugitivo, para salvarlo de su caída, y el volver la mirada hacia la propia inteligencia avizora. Un paso apenas, y del espectáculo del mundo se traslada el artista a la morosa complacencia en el acto mismo de ver. Su pasión no se concentra ya, o no se concentra sólo, en las profundidades de la maravillosa **tierra incógnita** descubierta tras la tierra cotidiana, sino en las de su propia alma y su mirar, de donde toda maravilla nace.

**...Era más dulce el pensamiento mío
que toda la dulzura del poniente.**

Apolo se ha transfigurado en Narciso, un Narciso con los ojos muy abiertos sobre su pura imagen en la fuente. Siempre insatisfecho, siempre trémulo de ansiedad y de implacables exigencias. Frenético de emoción. Porque es ahora, ante su obra -pura imagen de lo mejor de sí mismo-, cuando empieza el drama verdadero.

Muy abundantes materiales nos ofrece el libro de Emmy Neddermann para acercarnos a ese drama de poetizar, el más entrañable y doloroso de Juan Ramón. Dolor por el perpetuo desajuste que el poeta siente entre su visión y su palabra.

¿Quién pudiera naufragar por entero en la experiencia del instante, en vez de detenerse a taquígrafarla y manipularla!

¿Quién pudiera ser arrastrado por sus visiones, y no tener que tomar posición ante ellas! Dolor de ser otro que la pura imagen en la fuente; de ser otro que lo mejor de sí mismo.

Pero ¿será verdad gran poeta -se pregunta el lector- el que parece a cada instante rogarnos que le perdonemos el sacrilegio de poetizar, ese forzoso pecado de traducir sus visiones traicionándolas? Gran poeta es el que nos hace olvidar el conflicto entre visión y palabra. Gran poeta es aquel en cuyos versos se queman y volatilizan los conflictos, las dudas, los temores, los arrepentimientos, las menudas miserias del hacer, redimidas espléndidamente por lo hecho.

Sí; pero ¿por qué no ha de ser también gran poeta el que fija en monumento breve y perdurable esos mismos conflictos -no poéticos sino del poeta-, esas menudas miserias? Alta poesía la de Juan Ramón cuando nos lo presenta persiguiendo en su soledad la palabra que venza al tiempo. Lo vemos, alquimista infatigable, buscando para sus versos el elixir de la larga vida:

**Al lado de mi cuerpo muerto
mi obra viva**

y para sí mismo la piedra filosofal, la Belleza exacta:

**...Que mi palabra sea
la cosa misma,
creada por mi alma nuevamente.**

Y versos inolvidables relatarán la caza de la Belleza. Inolvidables, aunque el poeta piensa que ella, mariposa de luz, le ha burlado, dejándole sólo en las manos "la forma de su huída"